

PREPARACIÓN PARA LA MISA

LITURGIA DE LA PALABRA Y OFERTORIO

Asistir a misa es "un buen remedio" para prevenir la depresión y el suicidio. Nuevo estudio lo confirma. Quienes asisten a servicios religiosos, al menos una vez a la semana, tienen menos riesgo de suicidio, comparados con quienes no asisten a ellos o lo hacen con una frecuencia distanciada en el tiempo. Es la conclusión de un estudio aplicado a una muestra de 89.708 mujeres en Estados Unidos, liderado por investigadores de la Escuela de Salud Pública T.H. Chan de la Universidad Harvard.

CÓMO DEBE SER NUESTRA PARTICIPACIÓN EN LA MISA

Habíamos hablado de la importancia de la participación en la Misa; que debía ser **plena y consciente, interna y externa, debe ser activa, frutífera y más perfecta.**

Debe ser actual: Cuando se hace aquí y ahora lo que hay que hacer.

«Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es “sacramento de unidad”, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos.

Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso, según la diversidad de órdenes, funciones y participación **actual**»¹.

Debe ser fácil: No debe ser ni complicada, ni confusa. El pueblo fiel debe poder comprenderlas.

«Para que en la sagrada Liturgia el pueblo cristiano obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la santa madre Iglesia desea proveer con solicitud a una reforma general de la misma Liturgia... En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, **el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente** y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria»².

«Revísense los sacramentales teniendo en cuenta la norma fundamental de la participación consciente, activa y **fácil** de los fieles, y atendiendo a las necesidades de nuestros tiempos»³.

«Revísese el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles»⁴.

¹ *Sacrosanctum Concilium*, 26.

² *Idem* 27.

³ *Idem* 28.

⁴ *Idem* 30.

1 - Liturgia de la Palabra

*Liturgia de la Palabra*⁵

Junto con el Sínodo, pido que la liturgia de la Palabra se prepare y se viva siempre de manera adecuada. Por tanto, recomiendo vivamente que en la liturgia se ponga gran atención a la proclamación de la Palabra de Dios por parte de lectores bien instruidos. Nunca olvidemos que «cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su Pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio». Si las circunstancias lo aconsejan, se puede pensar en unas breves moniciones que ayuden a los fieles a una mejor disposición. Para comprenderla bien, la Palabra de Dios ha de ser escuchada y acogida con espíritu eclesial y siendo conscientes de su unidad con el Sacramento eucarístico. En efecto, la Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf. *Jn* 1,14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental. Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica. En esta perspectiva sacramental de la revelación cristiana, el conocimiento y el estudio de la Palabra de Dios nos permite apreciar, celebrar y vivir mejor la Eucaristía. A este respecto, se aprecia también en toda su verdad la afirmación, según la cual «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».

Para lograr todo esto es necesario ayudar a los fieles a apreciar los tesoros de la Sagrada Escritura en el leccionario, mediante iniciativas pastorales, celebraciones de la Palabra y la lectura meditada (*lectio divina*). Tampoco se ha de olvidar promover las formas de oración conservadas en la tradición, la Liturgia de las Horas, sobre todo Laudes, Vísperas, Completas y también las celebraciones de viglias. El rezo de los Salmos, las lecturas bíblicas y las de la gran tradición del Oficio divino pueden llevar a una experiencia profunda del acontecimiento de Cristo y de la economía de la salvación, que a su vez puede enriquecer la comprensión y la participación en la celebración eucarística.

Homilía

La necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, ésta «es parte de la acción litúrgica»; tiene como finalidad favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. Por eso los ministros ordenados han de «preparar la homilía con esmero, basándose en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura». Han de evitarse homilías genéricas o abstractas. En particular, pido a los ministros un esfuerzo para que la homilía ponga la Palabra de Dios proclamada en estrecha relación con la celebración sacramental y con la vida de la comunidad, de modo que la Palabra de Dios sea realmente sustento y vigor de la Iglesia.

2 - El ofertorio

*Presentación de las ofrendas*⁶

Los Padres sinodales han puesto también su atención en la presentación de las ofrendas. Ésta no es sólo como un «intervalo» entre la liturgia de la Palabra y la eucarística. Entre otras razones, porque eso haría perder el sentido de un único rito con dos partes interrelacionadas. En realidad, este gesto humilde y sencillo tiene un sentido muy grande: en el pan y el vino que

⁵ *Sacramentum Caritatis*, P. BENEDICTO XVI.

⁶ *Idem*.

llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre. En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios. Este gesto, para ser vivido en su auténtico significado, no necesita enfatizarse con añadiduras superfluas. Permite valorar la colaboración originaria que Dios pide al hombre para realizar en él la obra divina y dar así pleno sentido al trabajo humano, que mediante la celebración eucarística se une al sacrificio redentor de Cristo.

OFERTORIO

*Dominicae cenae*⁷

Se sigue de ahí que el celebrante, en cuanto ministro del sacrificio, es el auténtico *sacerdote*, que lleva a cabo —en virtud del poder específico de la sagrada ordenación— el verdadero acto sacrificial que lleva de nuevo a los seres a Dios. En cambio todos aquellos que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como él, ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios *sacrificios espirituales*, representados por el pan y el vino, desde el momento de su presentación en el altar. Efectivamente, este acto litúrgico solemnizado por casi todas las liturgias, «tiene su valor y su significado espiritual»⁸. El pan y el vino se convierten en cierto sentido en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu.

Es importante que este primer momento de la liturgia eucarística, en sentido estricto, encuentre su expresión en el comportamiento de los participantes. A esto corresponde la llamada procesión de las ofrendas, prevista por la reciente reforma litúrgica⁹, y acompañada, según la antigua tradición, por un salmo o un cántico. Es necesario un cierto espacio de tiempo, a fin de que todos puedan tomar conciencia de este acto, expresado contemporáneamente por las palabras del celebrante.

La conciencia del acto de presentar las ofrendas, debería ser mantenida durante toda la Misa. Más aún, debe ser llevada a plenitud en el momento de la consagración y de la oblación anamnética, tal como lo exige el valor fundamental del momento del sacrificio. Para demostrar esto ayudan las palabras de la oración eucarística que el sacerdote pronuncia en alta voz. Parece útil repetir aquí algunas expresiones de la tercera oración eucarística, que manifiestan especialmente el carácter sacrificial de la Eucaristía y unen el ofrecimiento de nuestras personas al de Cristo: «Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Que Él nos transforme en ofrenda permanente».

(...)

«la Iglesia desea que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen con la mediación de Cristo, la unión con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos».¹⁰

⁷ *Carta Dominicae Cenae* del sumo pontífice JUAN PABLO II a todos los obispos de la iglesia sobre el misterio y el culto de la eucaristía (número 9 y alguno más... :).

⁸ Instrucción General para el uso del *Misal Romano*, n. 49: cf. *Misal Romano*; cf. CONC ECUM. VAT. II, Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, n. 5: AAS 58 (1966), pp. 99 ss.

⁹ *Ordo Missae cum populo*, n. 18: cf. *Misal Romano*.

¹⁰ Así lo desea la «Instrucción General para el uso del *Misal Romano*», n. 55 s.: cf. *Misal Romano*.

Del libro *Nuestra Misa* del p. Buela¹¹:

Es el momento de comenzar a ofrecer nuestra vida y nuestras cosas a Dios por medio de Jesucristo, para que se digne aceptarlas, bendecirlas y santificarlas. Nuestra vida quiere decir todo: oración, trabajo, recreación, deportes, estudio, familia, amistades, proyectos, alegrías, penas, gozos, dolores, inquietudes, esperanzas... Esta actitud ofertorial debe extenderse y seguir profundizándose en el transcurso de la Misa. Pueden ayudarnos mucho para adquirir esta disposición del alma los cantos propios de este momento de la Misa¹².

Enseña el Concilio Vaticano II que la misa debe ser el punto de la convergencia de toda nuestra vida. De allí que no alcance la sola presencia o la mera perfección externa en los ritos. Hay que poner «el alma», de lo contrario, no será «nuestro» sacrificio (*«este sacrificio mío y vuestro»*)¹³¹⁴.

1. Lo que somos

Todo lo que el hombre **es, puede y hace** se puede dividir en dos partes: una mala, la otra buena.

Por un lado tenemos la parte mala, porque del pecado de Adán y de los nuestros personales nos vienen todos los males que nos aquejan, males físicos y males morales: defectos personales, sobreestimación de nosotros mismos, egoísmo, soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, pasiones desordenadas, movimientos del alma no—rectos, fracasos, frustraciones, la angustia por la situación económica. Con el prójimo: tirantez, rencores, enemistades, querellas. Esta es la parte mala.

Pero, por otra parte, tenemos la parte buena: bienes de naturaleza, como son el hecho de existir, la salud, inteligencia, voluntad, el podernos mover, la vista... los familiares, amigos... el trabajo... el espíritu de servicio, de iniciativa, de compromiso, de entereza... Los bienes de la gracia: el ser cristianos, la fe, la esperanza y la caridad... todas las virtudes morales... los éxitos personales y sociales. El sentido del deber. La nobleza del alma. El carácter definido. La fidelidad a la palabra dada. El abrazarse con amor a la cruz. Toda la capacidad de hacer cosas buenas para nosotros y nuestros semejantes.

2. Lo que hay que sacrificar

El verbo **sacrificar** quiere decir dos cosas:

a. **Hacer desaparecer**, hay que sacrificar a este animal, por ejemplo, como sucedía en los sacrificios del Antiguo Testamento. ¡La madre se **sacrifica** por sus hijos!, porque hace desaparecer sus propios gustos, sus comodidades, sus intereses...

b. **Hacer sagrada una cosa** = *sacrum facere*.

Y estos dos sentidos corresponden con las dos palabras con las que se nombra la materia sacrificada:

– **Víctima**: lo que se sacrifica matándolo o haciéndolo desaparecer;

– **Hostia**: lo que se sacrifica promocionándolo o sobrenaturalizándolo.

¹¹ *Nuestra Misa*, PADRE BUELA, Cap 2, pág 54.

¹² Aprovechamos para señalar la importancia insustituible del canto litúrgico —gregoriano, polifónico y popular—, con buenos coros, y la música sagrada.

¹³ MISAL ROMANO, *Orate fratres*, 26.

¹⁴ Lo que sigue lo tomamos, en grandes líneas, de EMILIO SAURAS, O.P., *Teología y espiritualidad del Sacrificio de la Misa* (Palabra, Madrid 1981).

Y lo que con estos dos nombres se significa lo relacionamos con los dos aspectos que tiene la **gracia divina**, la doble vertiente **de la santidad**:

- a. La de **hacer desaparecer** lo malo. El significado de la palabra griega «*αγιός*» es «limpieza, hacer desaparecer lo sucio», de ahí que San Juan de Ávila dice: «Santidad, limpieza quiere decir»¹⁵.
- b. La de elevar, dignificar, promocionar, perfeccionar, aderezar, hermosear, la de sanar, sobrenaturalizar (en latín *sanctus*, de *sanguine tinctus* = teñido, coloreado).

3. Lo que debemos hacer para poner «el alma»...

Participar del Santo Sacrificio de la Misa, no sólo «poniendo» el cuerpo sino, lo que más importa, poniendo el alma, quiere decir que cada uno de los que participan de la Santa Misa ponen en ella **lo que se significa** con lo realizado en el altar.

¿Qué se significa? La propia sacrificación de los participantes.

Sacrificación que referida a nosotros tiene dos vertientes correspondientes a las dos partes de nuestra vida, a los dos sentidos del verbo sacrificar y a los dos aspectos de la santidad, y de la gracia santificante.

– Hemos de llevar ante el altar la parte mala o no–recta de nuestra vida para sacrificarla–matarla. Todo lo moralmente malo, tendencias torcidas, caracteres difíciles, maneras de ser improcedentes, malos hechos sociales, familiares, personales, laborales, amistades peligrosas, los pecados... nada de lo malo debe excluirse; nada debe quedar fuera del altar. Hay que **sacrificarlo** para hacerlo desaparecer, para convertirlo en cenizas.

– También hemos de llevar al altar la parte buena, para **sacrificarla**, no haciéndola desaparecer, sino **promocionándola**. Buenas cualidades, rectas tendencias, buen carácter, buenos hechos sociales, familiares, personales, laborales... nada de lo bueno hay que dejar fuera del altar, sería dejarlo con una bondad natural, sólo al ras de la tierra, sin transcendencia. Hay que **sacrificarlo** para hacerlo sagrado, para sobrenaturalizarlo.

Ofrezcamos siempre, de corazón, toda nuestra vida junto con el Sacrificio de Cristo. Lo malo para que desaparezca, lo bueno para que se potencie. Esta doble sacrificación nos convierte en víctimas y en hostias agradables al Padre, haciendo de nosotros «*una ofrenda eterna para tí*»¹⁶, «*una víctima viva y perfecta para alabanza de tu gloria*»¹⁷.

Sólo así se cumplirá lo que pide el Concilio Vaticano II: «Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella»¹⁸.

¿Cómo debe ser la actuación en el sacrificio incruento?¹⁹

De manera pedagógicamente escalonada, San Pedro Crisólogo comentando Rom 12, 1, enseña cómo debe ser el ofrecimiento del cristiano en la Misa: 1º. Ofrecer sus cuerpos; 2º. Como un sacrificio viviente u hostias vivientes; y 3º. A la manera de Jesucristo.

¹⁵ SAN JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, III (BAC, Madrid 1970) 504.

¹⁶ *Plegaria Eucarística* III, 127.

¹⁷ *Plegaria Eucarística* IV, 137.

¹⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* «*Gaudium et Spes*», 11.

¹⁹ *Nuestra Misa*, PADRE BUELA, pág 142.

1º. «Os exhorto a ofrecer vuestros cuerpos... El Apóstol, con esta oración ha elevado a todos los hombres a la cumbre sacerdotal».

2º. «Os exhorto a ofrecer vuestros cuerpos como un sacrificio viviente... ¡Oh inaudito ministerio del sacerdocio cristiano, en el cual el hombre no busca fuera de sí aquello que sacrificará a Dios; en el cual el hombre lleva consigo y en sí mismo aquello que sacrificará a Dios en beneficio de sí».

3º. «Os exhorto, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como un sacrificio viviente. Hermanos, este sacrificio deriva del modelo de Cristo, que inmoló vitalmente el propio cuerpo para la vida del mundo. Y verdaderamente ha hecho del propio cuerpo una víctima viviente, Aquel que, muerto, vive. En consecuencia, en tal víctima la muerte paga la pena merecida, la víctima atrae hacia sí, la víctima vive, la muerte es castigada... Sé, por tanto, ¡oh hombre!, sé, por tanto sacrificio y sacerdote de Dios... Dios busca la fe, no la muerte; tiene sed de tu plegaria, no de tu sangre, es aplacado por el amor, no por el matar».

Ofrecer los cuerpos es ofrecer toda la persona, cuerpo y alma (ofrecer es un acto del alma espiritual), con todas nuestros proyectos, ideales, amores, trabajos, bienes... ese más que implica la inmolación está constituido por dos cosas: entregar 'matándolos' todos los males y unir al sacrificio de Cristo 'divinizándolos' todos los bienes.

«Nuestra humilde entrega --insignificante como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda-- se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús»²⁰.
(san Juan Pablo II)

...y un poco de agua²¹⁽²²⁾

Ya en el siglo II se habla expresamente de esta conmixti3n en la Eucaristía²³. «El Sacrosanto sacrificio eucarístico debe ofrecerse con pan y vino, al cual se ha de mezclar un poco de agua» preceptúa la ley universal de la Iglesia²⁴.

Al hacerlo el diácono, o el sacerdote, dice en secreto: *El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana*²⁵. Ello es así porque se cree que el Señor instituyó la eucaristía con vino mezclado con agua, según costumbre del pueblo elegido en la Cena pascual²⁶.

Además, es así porque conviene a la representación de la pasión del Señor, por eso dice el Papa Alejandro: «No se debe ofrecer en el cáliz del Señor, vino solo o agua sola, sino los dos mezclados, porque se lee haber salido los dos del costado de Cristo en su pasión»²⁷. También, porque sirve para significar el efecto del sacramento que es la unión del pueblo cristiano con Cristo, como dice el Papa Julio: «En el agua vemos sobreentendido el pueblo²⁸, y el vino significa la sangre de Cristo. Por consiguiente, al añadir en el cáliz agua al vino, se une el pueblo

²⁰ SAN JUAN PLABLO II, sermón en Barcelona 7/11/82.

²¹ *Nuestra Misa*, PADRE BUELA, pág 51.

²² MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 22.

²³ SAN JUSTINO, *Apol.* I 65 67; San Ireneo, *Ad haer.*, V 1.2; inscripción de Abercio (Quastem, Mon 24).

²⁴ CIC c. 924.

²⁵ MISAL ROMANO, *Ordinario de la Misa*, 22.

²⁶ KNABENBAUER, *Comm. In Matth.*, 442.

²⁷ *Ep. Ad omnes orth.*

²⁸ En el *Apocalipsis* el agua designa al pueblo. cfr. Ap 17,15.

a Cristo»²⁹, así también San Cipriano: «En el agua se simboliza al pueblo»³⁰. Así como el vino absorbe el agua, así Cristo nos ha absorbido en sí mismo a nosotros y a nuestros pecados. Esta unión es tan fuerte, que nada la puede deshacer, lo mismo que es imposible separar el agua del vino.

Por último, porque es conveniente para significar el último efecto del sacramento, que es la entrada a la vida eterna. De ahí que San Ambrosio (o quien sea el autor del libro) diga: «Rebosa el agua en el cáliz y salta a la vida eterna»³¹.

NO ES MÁS QUE VINO

¿Qué hay en el cáliz?

- Vino.
- ¿Sólo vino?, ¡si se le acaba de agregar agua!...

Esto sucede en cada Santa Misa: el sacerdote, antes de la consagración, luego de colocar en el cáliz el vino, agrega algunas gotas de agua. Gotas de agua que ni bien se mezclan con el vino, ya no se ven, se disuelven, se pierden, se transforman, se anonadan...

Esta acción litúrgica tiene varios significados, y uno de los principales, es nuestra entrega en manos del Creador: así como esa agua deja de ser tal para ser vino, así el alma se debe entregar a Dios, para ser como Él. Mucho hay para rumiar en esta imagen/realidad y Uds. podrán hacerlo muy bien; yo solo quiero apuntar algunas cosas.

Si por un momento ese par de gotas pudiese pensar, sentir, querer... al ser arrojadas al vino, muy probablemente se desesperarían tratando de evitar dejar de ser ellas mismas... Podríamos aconsejarles (¡qué fácil es aconsejar...!) «*quédense tranquilas, entréguese; serán luego de una naturaleza superior –serán vino– y luego más aún, tendrán una sobre-naturaleza, serán la Sangre del Señor*».

Y nosotros, ¿qué hacemos de nuestra vida? ¿Nos entregamos a Dios, a Su voluntad, a Su plan de salvación? O seguimos aferrados a nuestros mezquinos quereres y gustos. ¿Acaso Dios no nos ama y quiere lo mejor para nosotros? Cuántas veces olvidamos aquello de «*Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto*» (Jn 12, 24).

Aquí está encerrado, me parece, todo el secreto de la salvación y la santidad: o elijo “mi” camino, seguir “mis” ideas, consentir a “mis” gustos, buscar “mi” honor y hacer “mi” voluntad o, por el contrario, elijo Su camino, buscar Su mayor honra y gloria, hacer Su voluntad y, como decía el P. Hurtado, llegar a la «*Generosidad total: Voluntaria hasta el fin. No se trata de contentarme, sino de contentar a Dios*»³².

²⁹ cfr. GRATIANUS, *Decretum In sacramentorum*, 7 Cum omne; cfr. CONC. BRACAR. IV (675) 2.

³⁰ cfr. SAN CIPRIANO, *Epist. 63 ad Caecilium*.

³¹ *De Sacramentis*, 5, 1.

³² SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, p. 141.

Como esas gotas, estamos muchas veces al borde de un precipicio y tenemos que elegir: o quedarnos en la tierra “firme” de nuestras mezquindades y seguridades humanas, o arrojarnos al vacío confiando sólo en que las manos paternales de Dios nos sostendrán y, más aún, nos elevarán. Suavísimas manos que se perciben con la fe, que nos muestra las cosas que no se ven (Cf. Heb 11,1).

Las gotas nos aventajan en algo, en que a ellas les basta –casi como a los ángeles– una sola decisión, un sólo “sí” y ya serán transformadas para siempre. Pero en el caso de nuestra débil voluntad, recubierta con este *cuero de muerte* (**Rm 7,24**), la decisión tiene que ser a diario; pero ¡qué digo a diario!, casi segundo a segundo y hasta la muerte... ¡eso es ser fieles!

«Toda fidelidad debe pasar por la prueba más exigente: la duración [...]. Es fácil ser coherente por un día o algunos días. Difícil e importante es ser coherente toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida»
Juan Pablo II - Homilía en México, 27-1-79

Las gotas sentirán a lo sumo un gran deseo de seguir siendo ellas... nosotros, aunque de fondo siempre está nuestro super y gigante “yo”, tenemos un sinnúmero de cosas que deseamos (para alimentar al “monstruo yo”).

El problema está entonces en nuestros deseos, que muchas veces entran en pugna con los deseos de Dios. Por eso decía San Juan Crisóstomo que *«ataduras son el amor y cariño a las cosas de acá»*³³, y san Francisco de Sales: *«Quiero pocas cosas, y las que quiero, las quiero poco. Apenas tengo deseos y si volviera a nacer, quisiera no tener ninguno»*³⁴. Rematemos con San Agustín: *«El veneno de la caridad es el deseo, y la perfección es la carencia total de deseos»*³⁵.

Y qué!, preguntará alguno, ¿entonces no tenemos que desear nada? ¡Por supuesto que sí! ¡Quiénes más deseosos y hasta divinamente antojadizos que los santos! Podemos y debemos desear *todo* lo que no repugne con la voluntad de Dios, y por ende no desear *nada* que esté al margen del beneplácito divino. En esto radica al ciclópeo trabajo del ejercitante a quien San Ignacio le pide vencer todas las “afecciones desordenadas” para recién luego de esto, “buscar y hallar la voluntad divina” (**EE n. 1**)³⁶.

Sería bueno tener presente lo que nos enseña el Angélico Doctor, que en el deseo de lo creado, siempre subyace el deseo del Creador (en quien está nuestra felicidad total/completa/acabada) y que, por tanto, cuando deseamos algo, sea lo que sea, sin darnos cuenta, estamos deseando de algún modo a Dios mismo³⁷. Y si ese deseo es según Dios,

³³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Explicación del Evangelio de San Juan*, Homilía LXVII (LXVI), (t. 2), Tradición S.A., México, 1981, pp. 204-209.

³⁴ SAN FRANCISCO DE SALES, *En las fuentes de la alegría*, cap. 6.

³⁵ Citado en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, Q 184, a2, c.

³⁶ Estoy predicando Ejercicios Espirituales hace 11 días (¡y quedan 19!) a 27 novicios, 9 sacerdotes y 1 laico... así que lo tengo bien presente; y ellos más todavía...

³⁷ “*Ipsium summum bonum quodammodo appetitur in quolibet bono*” (“En cualquier bien que se apetece, se apetece de algún modo el sumo Bien”). SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la Ética a Nicómaco*, n. 11.

entonces nos liberará; de lo contrario nos esclavizará y dejará más deseos... de ahí que diga San Bernardo que los bienes de la tierra *“más que extinguir el hambre, la aumentan”*³⁸.

Difícil es esto, pero no imposible con la ayuda de la Gracia. Difícil y a su vez radical... El Señor no anda con medias tintas, nos pide aborrecernos a nosotros mismos... leámoslo con un hermoso comentario:

«Señor Jesucristo, has aceptado por nosotros correr la suerte del grano de trigo que cae en tierra y muere para producir mucho fruto (**Jn 12, 24**). Nos invitas a seguirte cuando dices: *«El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna»* (**Jn 12, 25**). Sin embargo, nosotros nos aferramos a nuestra vida. No queremos abandonarla, sino guardarla para nosotros mismos. Queremos poseerla, no ofrecerla. Tú te adelantas y nos muestras que sólo entregándola salvamos nuestra vida». Card. Ratzinger, Vía Crucis, abril del 2005.

Pero aborrecernos ¿no será mucho...? (¡pobre monstruito el “yo”!) ¿Acaso no nos manda el mismo Señor amar al prójimo como a nosotros mismos? Así y todo, las palabras de Jesús son claras y con la misma claridad las han entendido los santos: *«Señor, concózcame a mí y concózcate a Ti; para aborrecerme a mí y amarte a Ti»* (**San Agustín**). Sucede que nuestro amor propio es tan desordenado, tan egoísta, tan auto-endiosador que Nuestro Señor lo ataca con todo el cargamento.

Como las gotas que si se aman, se tiran al vino... así, si lo pensamos mejor, este tipo de auto-aborrecimiento es en realidad el verdadero amor que tenemos que tenernos, porque lleva consigo el amor a Dios. De lo contrario sí estaríamos aborreciéndonos... Decía San Agustín: *«Del que no ama a Dios, aunque se ame a sí mismo por la ley innata de su naturaleza, es justo decir que se aborrece a sí mismo, puesto que hace aquello que le daña»*³⁹.

Más y mejor vamos a poder lograr esto cuanto más desaparezcamos... (como las gotitas...) San Juan de la Cruz, gran místico y doctor de la Iglesia, propone en su ascenso a la santidad un camino que él llama “Subida al Monte Carmelo”; y en este ascenso lo que nos va pidiendo es ir creciendo en las “nadas”... ir muriendo progresivamente y por amor, a todo lo que no sea Dios. Morir primero al pecado, luego al mundo, luego a todos los “mi”, “yo”, “para mí”, “conmigo”, ¡“mío”!... Y la medida de estas “muertes”, de estas “nadas”, será la medida también en la que Dios viva y actúe en nosotros.

“Pequeño” detalle es que Dios quiso mostrarnos perfectamente el camino. ¿Cómo? Haciéndose Él mismo “nada” por nosotros... ¡Misterio de Amor! *Siendo de condición divina... se anonadó a sí mismo* (**Flp 2,6-7**). Este acto de humildad abismal que fue la Encarnación, es seguido, por si nos queda alguna duda, por una segunda *Kénosis* (anonadamiento, en griego) que es la Cruz...

³⁸ SAN BERNARDO, *De vita cler*, c. 25.

³⁹ Lo refiere el Santo comentando este pasaje: *Por ello el que ama la maldad, odia su alma*. (Sal 10,5). Citado a pie de página en la Biblia de JUAN STRAUBINGER.

Por eso, en el más profundo fondo, “el” problema, la gran cuestión, el drama existencial, la piedra de toque, y todo lo demás que se les pueda ocurrir, está en aceptar o no aceptar la cruz de Cristo, y tras eso, amarLo o aborrecerLo a Él:

«Tengo aparentemente muchos amigos que aseguran amarme, pero en el fondo me aborrecen, porque no aman mi cruz, tengo muchos amigos de mi mesa pero muy pocos de mi cruz»⁴⁰.

Si hablamos de “desaparecida”, “anonadada”, “crucificada”, ¿quién como Ella?! Y justamente por eso, nadie fue tan “endiosada”; como dice el Doctor Común, «todo cuánto Dios pudo comunicarse/entregarse/darse a una creatura, “eso” es la Santísima Virgen»⁴¹.

¡Ave María y adelante!.

⁴⁰ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Carta a los amigos de la Cruz*, – cap. Los dos bandos.

⁴¹ Les debo la cita... de ahí, la traducción libre...